

Amor de bisutería

Vicente Umpiérrez Sánchez



Amor de bisutería

Vicente Umpiérrez Sánchez

Capítulo 1

Amor de bisutería

La presente es una historia de amor. Una historia que es verdadera y un amor que es completamente de mentira, amor de bisutería. Por un lado, un hombre de cartón piedra, experto en fingir que ama, un auténtico destrozador de sentimientos ajenos. Por otro, una mujer de carne y hueso, que ama intensamente y sin medida a quien, por desgracia, no lo merece, una inconsciente derrochadora de sentimientos propios.

Ambos están en la terminal de un aeropuerto, esperan el último aviso, ella para quedarse y él para marcharse. Él está muy serio, haciéndose el serio. Ella no se hace la que llora, simplemente llora. Un manantial de lágrimas y moquerío acuoso corren por su cara, que torna salada su dulce boca. Él trata falsamente de consolarla, no porque le afecte el dolor ajeno, sino, más bien, por el que dirán de los que miran. Con suavidad fingida, le traza elegantemente estas palabras: "Bien sabes tú que yo te amo, sinceramente te amo. Pero tienes que comprender, mi esposa me espera y, sobre todo, mis hijos me esperan, ¿qué será de ellos si los abandono?" Al oír su conmovedora y más que ensayada plática, ella intensifica su llanto. Lloro porque piensa, porque tiene la certeza, de haberse enamorado de alguien que merece ser amado incondicionalmente, un hombre justo y bueno, sensible y dulce, un hombre de los que ya no quedan, y si quedan, ella no sabe dónde encontrarlos. Bien lo dice el refrán, el amor es ciego, y si no lo es, digo yo, le falta mucha vista y entendimiento. Lejos está ella de entender que está ante un farsante experimentado, porque su ciego enamoramiento se lo impide, le falta tiempo.

Este hombre de artificial alma, se tiene la escena más que ensayada. Su historia de galán ya lleva años repitiéndose, una historia que es impulsada por un deseo absolutamente infantil de amorosa conquista, porque él del amor sólo conoce la fugaz e idílica etapa del deseo, y vive esa etapa tan intensamente que hace creer a su circunstancial amada que su amor es un amor sublime, un amor en estado puro, un amor de literatura. Su víctima de amor es casi siempre una joven mujer, tiernamente delicada, débil e inmadura, embriagada de ingenuidad perpetua, que confunde realidad con ensueño, romántica de las que quedan pocas, que tiene la espiritualidad adecuadamente preparada para caer en su invisible telaraña de sentimientos de plástico, de amor que sólo es cáscara. Una vez alcanzada su presa de amor, se inicia aceleradamente la muerte de la etapa del deseo y comienza, entonces, a urdir la trama que le conduce a liberarse elegantemente de su víctima, a la que abandona sin remordimiento ni contemplación, y que deja hundida en la angustia y el sufrimiento. Su trama es siempre la misma, pone por medio a su amada familia, esposa e hijos, familia que es verdad que la tiene, pero que para

él ni es amada, ni es familia.

Su propia mujer, a la cual usa como madre de puertas adentro y como esposa de cara a la galería, conoce de sobra lo de sus aventuras amorosas, pero no tiene otro remedio que aguantar, a no ser que quiera abandonar su vida de mujer de clase media alta y regresar al marginado barrio donde nació y se crió, regresar a la cochambrosa casa de sus padres, y con el angustioso desafío de sacar adelante a sus cuatro hijos; ni por ella, ni por su hijos, quiere atreverse a emprender tal incierta aventura. "¡Putita pero rica y viva!", se grita en silencio a sí misma, cuando su aguante se quiebra del todo, agotada de soportar tanto maltrato sentimental, a la que somete de continuo su cobarde y aborrecible marido, el cual en su tiempo fue también para ella el príncipe azul esperado y deseado de sus románticos sueños. Su vida real es una asesina permanente de lo que fue antes un deslumbrante sueño.

Por fin, el altavoz pregona el último aviso. Entonces él, para rematar con arte, con mucho arte, su más que ensayada y experimentada escena, escribe apresuradamente con su lujosa pluma chapada en oro, en un papelucho que acaba de recoger del suelo, el número del teléfono de su casa, se lo entrega a ella, con gesto dramático, haciendo que va a llorar, y le dice, como implorando: "Llámame esta noche mismo, porque presiento que me va ser imposible olvidarte y dejar de amarte. Buscaremos una solución para lo nuestro, dame tiempo, por favor, para que pueda hablar tranquilamente con mi mujer y proponerle el divorcio. Todo se arreglará, ten confianza en mí". Ella casi se desmaya ante tan inesperado giro, le suenan celestiales las palabras que acaba de escuchar de la boca de su amado. Su amargo dolor se torna en felicidad inmensa; y lágrimas y moquería nuevas, hijas de motivos sentimentalmente dulces y embriagadores, se deslizan en tromba por su cara, y que van a parar en parte al ahorapreciado papelucho. Emocionada y nerviosa guarda en su bolso el que ella siente como el mayor de los tesoros, su esperanza de papel, papel empapado ya de lágrimas y transparentes mocos. Con un beso de vida breve, de duración mínima, que casi no llega a ser beso, se despiden. Ella suspira de felicidad, él suspira de alivio. Felicidad y alivio existiendo como dramáticos contrarios.

Ya es de noche, ha tomado su acostumbrado y reparador baño de antes de ir a la cama. Cesaron las lágrimas. De sobra sabe que tanta desbordante felicidad no le va a permitir dormir como Dios manda, pero eso no le importa, porque va a perder el sueño por una buena causa, además, aprovechará ese tiempo de vigilia, para pensar intensamente en su hombre amado, el primero y único hombre de su vida, del que sólo la separará la muerte, porque piensa firmemente, con toda la certeza que cabe en este mundo, que no puede haber un futuro que no sea el que contenga una larga y feliz vida junto a su amado. Está que se come al mundo, y por nada del mundo se puede imaginar que el mundo está punto de comerla a ella.

Siguiendo las directrices de su idealizado hombre, coge el teléfono, a su corazón agitado parece que le falta espacio, la ansiedad está empezando a hacer de las suyas, siente calor y frío al mismo tiempo, se está quedando

sin saliva y no tiene la seguridad de que vaya a poder articular palabra. Tanta emoción la está volviendo torpe, se dispone a marcar sin saber qué número, temblorosa agarra su bolso, no de la manera más adecuada, y las cosas en él contenidas acaban en el suelo, entre ellas está su preciada esperanza de papel, pero la parte escrita está de cara al suelo, lo que impide que pueda ver el dichoso número.

Intenta coger el papelucho, que se le vuelve a caer y vuelve a quedar colocado del revés, ahora un nuevo intento, que, por fin, sale exitoso, dispara su mirada en búsqueda del mágico número. "¡Oh, Dios mío, esto es tener mala suerte, pareciera que el destino se hubiera puesto en contra mía. No puede ser posible, no puede ser posible!". Su cara, lejos de ser la suya, su cuerpo encogiéndose de amargo disgusto, convertida su mente en un poema de versos de pálida rima, versos moribundos, su corazón parado en seco, y su vida entera a punto de caer irremediamente por un angustioso precipicio.

El mundo al completo se le viene encima y se la traga. Una vez en el estómago del mundo, vuelve a escrutar, como esperando un milagro, su ya muy debilitada esperanza de papel, que ya ha dejado de ser esperanza para ser solamente papel. Un papel que, en lugar de un número telefónico, contiene un charquito seco de tinta azul, que ella misma sin querer creó con sus lágrimas y moquerío en la terminal del aeropuerto.

Una vez en el estómago del mundo, la luz de la verdad inunda su corazón y su mente, descubre amargamente su vida real, que se opone trágicamente a su vida sentimental ideal, que se opone a la cruel mentira que ha sido su breve historia de amor al lado de un hombre que es un estafador de sentimientos, un cruel traficante de amor adulterado. Con un intenso dolor agobiándole el alma, roto su corazón en mil pedazos, se le mete una retorcida idea en la cabeza: de sobra sabía su falso amado, lo que iba a pasar con el maldito número, cuando tanto moco y tanta lágrima, de amor sincero y sin retorno, fuera a parar al ahora emborronado y delator papelucho.

No hay modo de saber si tan retorcido pensamiento pudiera cazar con la verdad, el falso amante de bisutería no está aquí para confirmarlo o negarlo, pero lo que si se puede afirmar con absoluta certeza es que fue verdad que de él nunca más se supo, como era de esperar por otra parte. Me viene a la memoria una sentencia que cierto día, poco después del alba me comunicó una mujer de avanzada edad, con profundidad de miras, cuando hablábamos de que la verdadera hombría está reñida a muerte con la cobardía: Del hombre cobarde nunca se ha escrito nada.

Dedicado a mí mismo,
que nunca me dedico nada.

03.06.1992